



JOSE L. GOMENSORO

LOS DUELOS ROMANTICOS

De como y por qué Juan Carlos Gómez disparó su pistola al aire, en el duelo con Nicolás Calvo.- Por JOSE L. GOMENSORO

"Nos inclinamos con reverencia ante el honor y el valor del héroe y el mártir, pero no cabe honor ni valor en el asesinato; y el matón que a sangre fría se busca una víctima con la chicana del duelista y la superioridad de sus medios, no es más que un justiciable de los tribunales".

Y terminaba Juan Carlos Gómez su artículo, diciendo: "La mazorca del puñal ha expirado en el patíbulo de Troncoso y de Badía, y es preciso que no surja, del silencio a las amenazas del señor Calvo, la mazorca del florete".

Tres horas después, Calvo dirigía a Gómez una carta que decía así:

"Doctor Gómez: usted me llama espadachín y cobarde porque pretende que he empleado veinte años en ejercitar el florete y la pistola para matar a mansalva y sin riesgo.

Usted me calumnia, señor Gómez. Eso es villano. He aquí la prueba de que usted miente: propongo a usted meter dos pistolas en un saco, cargada la una y vacía la otra, y tirar a la distancia que usted elija.

¿Está usted satisfecho? Para hacer esto no se necesita tener destreza: basta tener corazón".

A los minutos de recibida, Juan Carlos Gómez respondía:

"Tengo por regla de conducta no desafiar jamás; pero también no dejar de aceptar un desafío. Una pistola cargada y otra vacía: estoy a sus órdenes; hoy si es posible. Las personas a quienes usted designe para acompañarlo, se entenderán con don Emilio Castro, a quien paso a prevenir".

Y el duelo se realizó en aquellas tan insólitas como terribles condiciones.

*

Nada mejor que el acta misma del duelo para presentarlo a manera de romántica estampá:

"Los padrinos se retiraron y cargaron una pistola con una bala de tres cuartos, y a la otra le pusieron solamente la ceiba, colocándolas en seguida en un saco. Sortearon quien debía tomar la primera pistola, cuya suerte tocó al señor Calvo. Tomada la pistola por éste, le fué entregada la otra al señor Gómez; y colocados estos

señores a la distancia de quince pasos cortos en una calle de sauces de cuatro a cinco varas de ancho, los padrinos dijeron que a las tres palmadas debían disparar simultáneamente, si bien podían apuntar desde la primera vez".

Y aquí refleja el acta el instante supremo del duelo:

"A la tercera voz Calvo disparó su pistola, quedando el señor Gómez apuntando y sin disparar; y alzando inmediatamente su pistola la disparó al aire, y dirigiéndose al señor Calvo, dijo:

—"He venido a morir y no a matar, para probar a usted que soy un hombre de corazón y no un cobarde".

Del libro: "Crónicas de Historia" recientemente editado por la Sociedad Amigos del Libro Rioplatense.



Doctor JUAN CARLOS GOMEZ

ERA en los años borrascosos aún, que siguieron a la caída de Rosas. Impulsado por la vorágine de las pasiones políticas en esta banda del Plata. Juan Carlos Gómez había plantado su carpa, según su misma expresión, en el patricio hogar periodístico de los Varela, en "La Tribuna" de Buenos Aires.

Vientos de fronda — como provocados aún por las tempestades de la tiranía — soplaban en la capital porteña en los últimos meses de 1856. Unitarios y federales, con nombres distintos, con programas nuevos, pero siempre con la misma e indomable pasión política, se debatían en la prensa con singular ardor. Entre los polemistas más temibles figuraba don Nicolás Calvo, tan intemperante en su lenguaje como pronto a citar a su adversario, como esgrimista famoso que era, al llamado terreno del honor. Por aquellos días había extremado Calvo la nota agresiva clasificando de "canallas" a Sarmiento, a Vélez Sarsfield y otros próceres del partido adversario.

*

Fué entonces, el 23 de diciembre de aquel año, que Juan Carlos Gómez, harto ya de las arrogancias altaneras de Calvo, escribía un editorial, titulado "El terror del florete", que comenzaba así: "Nada hay en este mundo que nos inspire más profundo desprecio que el honor de los espadachines, sino es el valor de los espadachines".

"Hay necesariamente algo de ignoble y de cobarde — proseguía — en gastar veinte años de la vida en ejercitar la destreza de las armas y las fuerzas de los músculos, para presentar a todo momento y por cualquier causa, el "cuco" de la punta de un florete o la boca de una pistola".